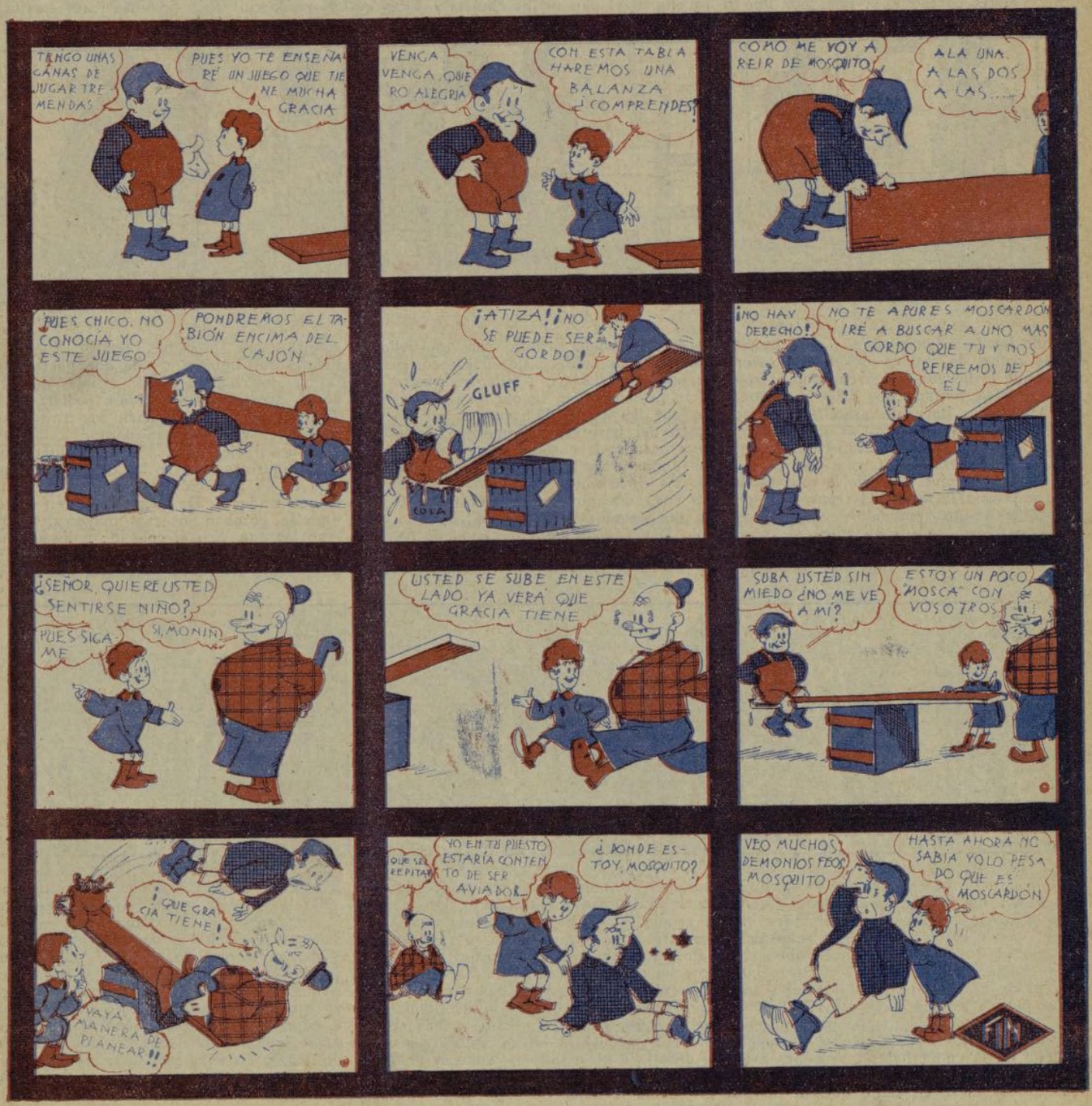
Jeromín

10 céntimos

Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Catequístico de Zaragoza.

AÑO III — Revista para los jóvenes — MADRID — NUM. 111

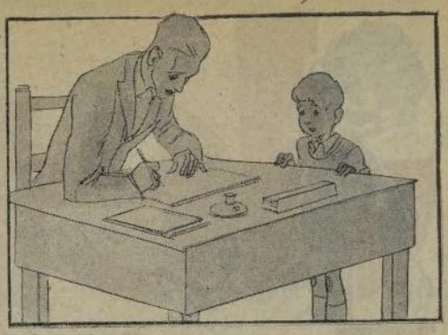
GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



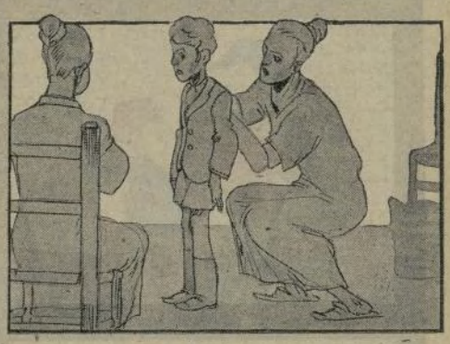
Ayuntamiento de Madrid

POR TOMAR CAFE

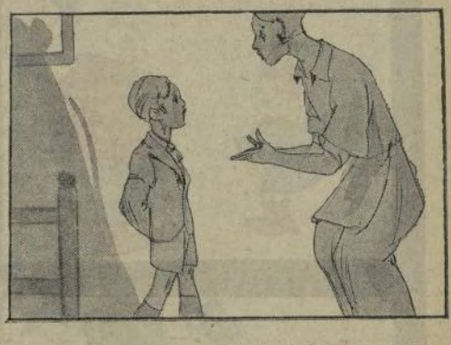
CUENTO



Alberto y Pepito eran dos niños encantadores muy blancos, muy rubios, con los ojos azules y las mejillas sonrosadas. El primero contaba diez años y el segundo cerca de nueve; tenían tres hermanos más, uno de siete años, otro de cuatro y el más pequeño de dos. Sus padres, que eran personas muy decentes, hubieran vivido con desahogo si no hubiesen tenido tantos hijos. Sólo había en la casa una criada de poco salario, de las que suelen llamarse, quiero decir, llamarlas, *chiquichancas*, porque sólo sirven para salir a recados, fregar, lavar, hacer malamente el puchero y freir la sangre en el cuerpo a la que, por uno u otro motivo, tiene que aguantarlas. El honrado matrimonio pasaba una vida de perros. El, todas las horas que la oficina le dejaba libre, las invertía en traducir francés para folletines de periódicos, porque con siete mil reales de sueldo no les hubiera alcanzado para pagar el alquiler del cuarto y el pan de cada día, porque a las cinco bocas pequeñas no les bastaba con cinco libretas, pues si el pequeño comía menos, el mayor comía más, y si mendrugos quedaban no parecían, porque la gallega se encargaba de hacerlos desaparecer; que no estaba, como puede suponerse, de sobra para ella ni el pan ni las chuletas: éstas estaban de falta para todos, y no dejaba de aprovechar lo que hallaba a mano, y también al pie, pues si el pequeño, al que solía tener en brazos porque sus piernecitas eran débiles y no andaba aún, tomaba una rabieta, y el zoquete de pan que tenía en la mano, llevándoselo a la boca y más arriba, lo arrojaba al suelo, ella lo recogía y deshacía entre sus mandíbulas en menos que se dice. La señora se levantaba al amanecer, ayudaba a la limpieza de la casa, o más bien se puede decir la hacía ella con ayuda de la criada, que le rompía tal cual cacharro, haciéndola estremecer, porque para reponerlo tenía que hacer un sacrificio.



Cuando lavaba la doméstica, o más propiamente dicho, la indomesticable, la señora hacía que le llevara el barreño con la ropa al lado de la ventana que daba al patio, y ella la tendía, haciendo grandes esfuerzos para correr el cordel por las garruchas, y poniéndosele las manos entumecidas y amoratadas, y en verano sudaba a chorros y el sol la abrasaba viva. Cuando la ropa estaba seca empezaba la tarea del repaso. ¡Y qué repaso! ¡Cuánto remiendo, cuánta pieza, cuánto zurcido!... Causaba miedo ver el talego cuando se vaciaba, quiero decir, lo que vaciaba. Pero los que más daban que hacer a la buena señora eran los cuellos y puños de las camisas de su esposo, porque solían tener barbas, y ella no quería que él se presentara en la oficina con más que las que llevaba en la cara por no tener el gasto del barbero, y como la tela estaba muy pasada, le costaba gran trabajo poner las cintas o tiritas. Pues, ¿y las medias? De los cinco niños, solamente a cuatro pares cada uno por semana, eran veinte. ¡Y en qué estado tan lastimoso!... Cada zancajo llegaba a la caña, y lo molido o comido de las punteras al emplantillado; pero, en fin, esta no era obra delicada, y como zurcirlas era imposible, por el algodón y tiempo que hubiera tenido que gastar, con las ya desechadas, por imposibles de componer, arreglaba las que aún podían servir. También planchaba y hacía los trajecitos a sus hijos, y muy bien, porque le gustaba que fuesen elegantes, y lo conseguía, pues tenía figurines, que se los daban a su marido en la redacción de un periódico para el que traducía. De esta ventaja en el vestir sólo gozaban los tres mayores, porque eran los que iban al colegio; a los dos pequeños los arreglaba con delantales limpios, sobre trajecitos hechos de los que no



servían para los otros. El virtuoso matrimonio se encontraba suficientemente recompensado de las privaciones y trabajos que sufría, viendo crecer contentos y robustos a sus adorados hijos. Por cansado que estuviera el buen padre, ninguna noche dejaba de repasar la lección a sus dos hijos mayores, porque así les hacía más fácil el estudio y no perdían el tiempo en el colegio. La excelente y cariñosa madre desnudaba y metía en la cama todas las noches a los tres pequeños, luego velaba cosiendo hasta más de las doce, en tanto que su marido traducía mirando el original francés y consultando a veces el Diccionario. Un día que la criada estaba lavando y tenía mucha ropa atrasada, porque había estado much s ratos entreteniendo al pequeño, dijo Alberto a su mamá que él iría solo con sus hermanos al colegio, y así podría la criada aprovechar el tiempo en lo que tenía que hacer, que era más preciso y más conveniente. Quedóse la buena señora pensando si debería o no dejarlos ir solos, y al fin se decidió a que fueran, porque ningún peligro había en ello. Lo supo luego su esposo, porque ella nada le ocultaba, y tampoco halló inconveniente ni en que siguieran yendo siempre del mismo modo, y en verdad que nada había de particular que así lo hubieran resuelto, porque Alberto tenía ya diez años muy cumplidos y era en extremo formal. No así Pepito, que era de suyo atrevido y resuelto, pero acostumbraba a estar sujeto a su hermano mayor, y aún no se había dado el caso de que le desobedeciera, y en esto confiaban los padres; el tercero era humilde y bondadoso y no había

(Continuará.)

Ayuntamiento de Madrid

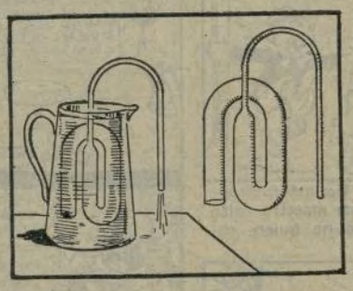
LOS BUENOS HIJOS NO SE AVERGUENZAN DE LA HUMILDAD DE SUS PADRES

El Papa Benedicto IX, cuando niño, estuvo dedicado a guardar unas ovejas, que eran todo el caudal de sus padres. Deseoso de alcanzar ciencia y virtud, se hizo religioso dominico, y tanto descolló por su sabiduría y santidad, que fué elegido Papa. Aún vivía su madre, y la corte de Roma quiso presentársela, y para ello la vistieron ricamente, como correspondía a la alta dignidad de su hijo. Cuando el romano Pontífice la tuvo delante, disimulando heroicamente los impulsos del amor filial, quiso dar a su corte un ejemplo de humildad, y preguntó: «¿Quién es esta mujer?» «Señor —le contestaron—, es vuestra madre.» «¿Mi madre? No puede ser, porque mi madre es tan pobre, que de ninguna forma puede costearse esas ricas galas.» Y sin decir más, se retiró a su aposento. Comprendieron los cortesanos lo que el Pontífice quiso dar a entender, y vistiendo a la madre con sus humildes ropas de aldeana, se la presentaron de nuevo. «Esta sí—dijo el Papa—, ésta es mi madre.» Y la abrazó con gran cariño.

JUEGOS DE NIÑOS

EL VAIVEN

Este juego consiste en saltar lentamente, haciendo los siguientes movimientos: 1.º Salto con la cuerda de frente. 2.º Salto llevando flojamente la cuerda al lado derecho. 3.º Salto con la cuerda de frente. 4.º Salto llevando flojamente la cuerda al lado izquierdo. Cuando ya se tiene mucha práctica se préscinde del salto de frente y se efectúa alternativamente los de la derecha e izquierda con toda rapidez posible. Entonces, pueden ya concertarse partidos de duración o número de saltos, ganando, claro está, el que más resista o más saltos dé.



RECREOS CIENTÍFICOS

MAS SOBRE EL SIFON

Para llenar un sifón automáticamente, téngase presente que mientras mayor o más larga sea la parte sumergida en el líquido, mayor será el ímpetu con que rebase el nivel, y, por lo tanto, mayor será la altura de la curva que podrá alcanzar. Pero como la profundidad de la vasija puede ser escasa, queda el recurso de doblar la rama sumergida, cosa fácil, tratándose de un tubo de goma. A esta clase de sifones se los llama sifones-trompetas, y se ceban estando la curva a respetable altura sobre el nivel del líquido.

ESPAÑA MONUMENTAL, ARTÍSTICA Y REGIONAL

1.º Salamanca.—Torre del Gallo. Catedral.

2.º Murillo.—La Purísima Concepción.

3.º Canarias.—Escudo y tipo regional.

Ayuntamiento de Madrid

Cascarilla ★ PANCHO Y FARINA ★ Maravillosa Historia de Jeromin ★ MIKI, MICI Y MIAU ★ Repollo

—Cascarilla—dice el amo—, coge al «nene» de la mano y llévale al colegio; ten cuidado, no se te escape.

—¡Ah... ah... ah! ¡No quiero ir!—berrea el «nene». Señor maestro—dice Cascarilla—, este chico no quiere entrar en el colegio.

—Voy por él—contesta el maestro, que va cargado de libros. Pero en aquel momento se desprende el anuncio y ¡zas!

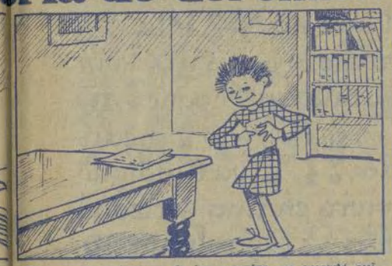
Los libros salieron volando por el aire, mientras Cascarilla amenaza al «nene» con metérselos en la cabeza.

Pero los libros, como veis, no son de la misma opinión y prefieren meterse en la de Cascarilla.

JEROMIN, como dijimos, conforme iba leyendo los papeles sobre «El castillo encantado», concebía un proyecto audaz. En una cuartilla tomaba apuntes de los papelotes que leía, y se frotaba, de vez en vez, las manos, dando muestras de gran contento.

así la carta: «Querida amiguita: Por casualidad encontré en la biblioteca unos documentos interesantísimos sobre «El castillo encantado», que me han revelado emocionantes secretos sobre él, y he resuelto comprobar por mí mismo lo que haya de cierto

vayas con tus papás al castillo, donde me encontrarás, si no perezco en la empresa. Esta misma noche salgo. Dispénsame el disgusto que voy a darte con ésta mi determinación; pero, como te he dicho, sería una imprudencia que vinieses conmigo. Desde luego, tus papás no lo consentirían, y los buenos hijos no deben nacer cosa alguna sin permiso de sus padres. Adiós, amiguita mía, y hasta la vista.—JEROMIN.»



Terminada la lectura de los papeles, se guardó cuidadosamente en el pecho las cuartillas de los apuntes y, saliendo de la biblioteca, se fué a su cuarto, encendió la luz, se sentó ante la mesa, requirió pluma y papel y comenzó a escribir una carta; decía

sobre ello. Como la aventura que tal comprobación requiere es muy arriesgada, no quiero que tomes parte en ella: peligraría tu vida. Así, pues, iré yo sólo, y como tengo la seguridad de triunfar, ya te comunicaré el resultado cuando, dentro de un mes,

—Soy un hacha tomando el pulso. ¡Cómo se ocupan los periódicos de mis éxitos!

—Tiene usted una debilidad atroz. Tome el reconstituyente JEROMIN y verá como engorda. Vuelva mañana.

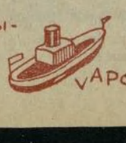
—¿Quién llamará con tanta prisa? Sin duda será el cliente de ayer. Voy corriendo a abrir.

—¡Oh! Amigo. ¿No se lo decía yo que con el reconstituyente JEROMIN engordaría? Ya lo está usted viendo.

—¡Ah!, no, señor; es que le traigo este hermoso melón de mi huerta para que vea... lo que se parece a usted.

DON SEVERO AVENTURERO

TERESA-NIÑA TRAVIESA



Ayuntamiento de Madrid

HISTORIA DE ALI BABA Y LOS CUARENTA LADRONES

En una ciudad de los confines de la Persia vivían dos hermanos: el menor, llamado Cassim, estaba casado con una mujer muy rica; y el mayor, llamado Alí Babá, era pobre y estaba casado con una mujer muy pobre. Este último se ganaba la vida cortando leña por los montes y yendo a venderla por la ciudad, cargándola sobre tres asnos que constituían toda su fortuna. Estando un día Alí en el bosque, entregado a su labor, vió venir a lo lejos un grupo de hombres, y temiendo que fuesen foragidos dejó los asnos y subió a esconderse en la copa de un árbol. Cuando los jinetes llegaron al pie del árbol donde se refugiaba Alí, pudo éste cerciorarse de que eran ladrones, pues todos venían armados hasta los dientes y traían un cuantioso botín, que descargaron allí mismo. Después, el que parecía capitán se acercó a una gran peña que estaba cerca y dijo con voz de trueno: «¡Sésamo, ábrete!» Al conjuro de estas palabras se abrió en el peñasco una gran puerta por la que entraron los ladrones, cargados con los sacos que habían traído. Alí, lleno de miedo iba ya a bajarse del árbol para huir de tal peligroso sitio, cuando

vió que salían de la roca los malhechores y que el capitán decía: «¡Sésamo, ciérrate!» Apenas Alí perdió de vista a los bandidos, se bajó del árbol y, acercándose a la roca, dijo: «¡Sésamo, ábrete!» Se abrió inmediatamente la puerta, y el leñador entró en un local espacioso, lleno de ricas telas, de joyas y de sacos repletos de oro y plata. Llenó los sacos que pudo y salió a cargar con aquellas riquezas a sus tres asnos. Una vez fuera, dijo mirando a la roca: «¡Sésamo, ciérrate!» Arreó a los asnos en dirección a la ciudad, y cuando llegó a casa contó a su mujer cómo había adquirido tantas riquezas; le añadió que iba a enterrarlas inmediatamente para tenerlas bien seguras; pero ella quiso saber a cuánto ascendía el capital y, como no tenía medida en casa, se obstinó en ir a pedir una a casa de su cuñada; ésta se extrañó mucho al ver que siendo tan pobre su parienta tuviese algo que medir, y para saberlo, ya que la esposa de Alí nada le quiso indicar, untó con sebo el interior de la medida. Tan pronto como la esposa de Alí devolvió la medida, Cassim y su mujer fueron a examinarla y vieron que se había adherido al borde una moneda de oro, por lo cual concibieron mucha envidia, creyendo que sus parientes medían el oro como si fuese trigo. Fué Cassim a decir a su hermano que le explicase aquel cambio de fortuna, y tanto le instó, que Alí Babá le refirió ce por be todo lo que le había sucedido. Como Cassim era muy avaro y ambicioso, al día siguiente, al amanecer, se fué con diez mulas y diez cofres al bosque donde estaba la cueva y acercándose a ella dijo con voz de mando: «¡Sésamo, ábrete!» Se abrió la roca, y Cassim penetró resueltamente en medio de aquellas riquezas que le dejaron deslumbrado. Se dedicó a escoger lo más rico y precioso que encontró y cargó las mulas con ello. Fué luego hacia la puerta lleno de satisfacción y proyectando lo que haría con tantísima riqueza; mas al llegar a la salida se le olvidaron las palabras que tenía que decir y por más vueltas que dió a su cerebro no le fué posible encontrar la frase mágica. Hallándose en esta situación, cada vez más amedrentado y confuso, previendo la suerte que le esperaba, entraron los ladrones, alfange en mano, y viendo allí a un intruso que trataba de esconderse, le acribillaron a cuchilladas. Vaciaron los sacos que Cassim había llenado y celebraron consejo para explicarse cómo aquél hombre había podido penetrar allí. Después de muchas averiguaciones, convinieron en que alguien había averiguado su secreto, y para escarmentar a los demás, descuartizaron el cadáver de Cassim y clavaron los pedazos a la entrada de la cueva. A todo esto, viendo la mujer de Cassim que su marido no llegaba, se fué a exponer su cuita a Alí Babá, el cual le dijo que no se asustase, porque era muy posible que Cassim esperase a la noche para entrar en la ciudad sin que nadie le viese ni descubriese el tesoro que traía. La desconsolada mujer volvió a su casa y como pasase la noche y amaneciese el día siguiente sin que Cassim apareciera por ningún lado, empezó a llorar a lágrima viva; pero cuidando de ahogar los gritos para que no se enterase el vecindario. Desesperada ya, volvió a casa de Alí y le rogó que fuese en busca de Cassim. Fué el buen hombre hacia la cueva, lleno de inquietud y zo-

Un hombre muy avaro vendió cuanto poseía, lo redujo todo a oro y lo enterró en un sitio oculto, que visitaba diariamente para complacerse en su contemplación; pero, observado por un vecino suyo, éste desenterró el tesoro y se lo llevó.

El desconsuelo del avaro, al enterarse del robo, no tuvo límites, y comenzó a llorar y a arrancarse los cabellos.

Enterado de la causa de su dolor otro hombre, le dijo:

—¿Para qué te servía un tesoro, que tenías oculto y no lo utilizabas? Coloca una piedra en su lugar, imagínate que es oro y te prestará el mismo servicio que el tesoro que te han robado.

El dinero no sirve para nada si no se disfruta de él.

ESOPO.

El que no [cerdo] Pta [LO] [LO]
Drechos A G nos y X NOTA A LO LO
[flores] quieren [NOTA ION] poner D
+ su su i D [/] no : [persona] edu
K da . : I [SAL] va G indigno
D vivir en una sociedad
civiliz [LA] . [manos] volunta D D
se [LA] conquista con NOTA
razón, no con [NOTA] violencia

SOLUCION DE LA CARTA ANTERIOR

«Queridos amiguitos: Au que os digan otra cosa, habéis de saber que no es la ciencia ni el dinero los que hacen las grandes cosas; las hace la voluntad. *Querer es poder*, habréis oído decir, y es la verdad. Una voluntad firme y perseverante es la mayor potencia del mundo; no hay nada que se le resista. Si tenéis firme voluntad triunfaréis siempre, no os quepa la menor duda.—*Jeromín.*»

CONCURSO DE DIBUJOS ENTRE LOS COLEGIOS MADRILEÑOS DE NIÑOS

Como ya saben, por explicaciones dadas en números anteriores, el concurso de dibujos entre los colegios madrileños (oficiales y privados) de niños consiste en lo siguiente:

1.º Cada colegio podrá mandar un lote de diez dibujos.

2.º Los dibujos han de ser originales y representando una escena en que figure JEROMIN.

3.º Las dimensiones de los dibujos serán de 15 centímetros de largo por 12 de alto.

4.º Estarán hechos en papel blanco y con tinta negra.

5.º Cada colegio mandará juntos en un sobre sus diez dibujos.

6.º Al respaldo de cada dibujo escribirán la dirección del colegio, sello de éste y firma del profesor.

7.º Entre todos los lotes mandados se elegirán los diez mejores, que se publicarán en JEROMIN para someterlos al juicio de los lectores del mismo, a fin de que elijan el que ha de ser premiado.

8.º El premio consistirá en un hermoso balón; el que quieran elegir los chicos del lote premiado.

9.º Además se premiará con diez pesetas el mejor dibujo de cuantos manden, aunque no pertenezcan al lote premiado.

10.º Por indicación de algunos niños, el plazo de admisión se prolonga hasta el día 31 de julio.

¡Animo, a ver quién conquista tan honrosa distinción!

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

Mal me hallan en el mar;
soy de poetas buscado,
y en los huertos trasplantado,
y no fácil de acertar
con estar a ti pegado.

(*La solución en el próximo.*)

Solución del número anterior: El periódico.

Ayuntamiento de Madrid

(Continuación.)

de la población y a las paredes de las casas, mientras que los franceses construían nuevas baterías y contra-baterías, con sesenta piezas de artillería.

Un nuevo azote vino a complicar la situación de los zaragozanos; los moradores se apiñaban en barrios distantes del ataque y el bombardeo les obligaba a guarecerse en los sótanos. La aglomeración de tantas personas en sitios mal ventilados, la escasa alimentación, la acumulación de heridos, los muertos insepultos y el continuo sobresalto, produjeron enfermedades que poco a poco se convirtieron en terrible epidemia.

Pero no por esto decaía el valor de los heroicos zaragozanos, y los nuestros realizaban impetuosas salidas, causando al enemigo considerables pérdidas.

Junot fué a su vez relevado por el mariscal Lannes, y el tañido de la campana de la Torre Nueva anunció a los sitiados, el 26 de enero, que comenzaba el ataque general.

Todos los defensores se lanzaron a las brechas, y comenzó una lucha espantosa; por todas partes estalló un fuego horrible de balas, granadas y metralla; se hacían minas, y, peleando cuerpo a cuerpo, vendíanse caras las vidas y se disputaba un palmo de terreno. El enemigo se apoderó del convento de las Descalzas y del de Capuchinos, y en su poder quedó parte de nuestra artillería, pero desde las casas contiguas era ametrallado y los zaragozanos no cejaban en su empresa. Lannes tuvo que prohibir a sus oficiales avanzar a cuerpo descubierto y ordenó que con trabajos de mina fueran volados los edificios.

El mariscal francés no podía explicarse aquella obstinada resistencia, pues los zaragozanos sufrían lo indecible; los hospitales estaban llenos de heridos y, con ser éstos muchos, eran más los que, atacados de la epidemia reinante, acudían en demanda de un auxilio que no se les podía prestar, porque no había medicinas y los alimentos escaseaban de tal modo que una gallina valía cinco duros. Por otra parte, la guerra ocasionaba diariamente numerosos muertos, y la epidemia, en un solo día llegó a matar trescientas cincuenta personas. ¡Y ante las puertas de las iglesias esperaban sepultura montones de cadáveres horriblemente destrozados por las granadas enemigas!

No obstante, cuando Lannes envió a Palafox un parlamentario proponiéndole la cesación de las hostilidades, el héroe zaragozano contestó:

«¡Defenderé hasta la última tapia!»

«Jamás he visto, señor—escribía el mariscal francés a su emperador Napoleón—un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto a las mujeres dejarse matar delante de la brecha...»

En efecto, las mujeres rivalizaban en la lucha con los hombres; no se limitaban a llevar municiones y cuidar los heridos, sino que, empuñando las armas o arrojando desde balcones y ventanas piedras y otros objetos y aun peleando cuerpo a cuerpo con navajas y cuchillos, mataban sin piedad a los enemigos de su patria. Manuela Sancho, que había dejado su oficio de artillero y armada de fusil combatía en calles y casas, recibió un balazo en el vientre; pero esto, lejos de atemorizarla, acrecentó su valor, y apenas le hicieron la primera cura volvió a luchar, dando ejemplo admirable de arrojo y perseverancia, secundada con no menos heroísmo por Agustina de Zaragoza y Casta Alvarez.

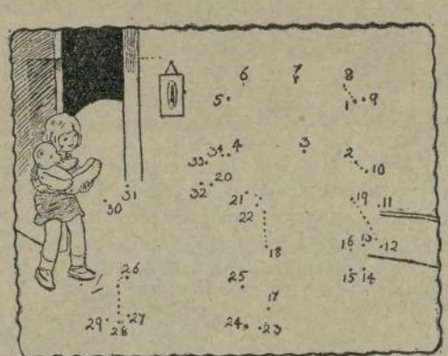
«El sitio de Zaragoza—añadía Lannes en su carta al emperador—en nada se parece a nuestras anteriores guerras. Para tomar las armas nos vemos precisados a hacer uso del asalto o mina. Estos desgraciados se defienden con una tenacidad de que no es fácil formarse idea. En una palabra, señor, ésta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos y llueven sobre ella a centenares las bombas; pero nada basta para intimidar a sus defensores. Al presente trato de apoderarme del arrabal, que es un punto importantísimo...»

En efecto, después de mortíferos e inútiles combates para tomar los conventos de San Agustín y Santa Mónica y de haberse disputado la posesión de una manzana de casas contiguas a Santa Engracia, no sólo edificio por edificio, sino piso por piso y habitación por habitación, Lannes, deseoso de avivar las operaciones de tan desastroso sitio, ordenó el ataque del arrabal con veinte piezas de artillería de grueso calibre. Pudieron los franceses abrir brecha y desalojar del convento de franciscanos de Jesús a los trescientos españoles que lo defendían, pero tuvieron que retroceder al intentar apoderarse del de San Lázaro, situado a orillas del Ebro; y cuando, merced a toda la artillería que les enviaron de la derecha del río, lograron penetrar, entablóse en la escalera una lucha horrorosa cuerpo a cuerpo, que sólo terminó con la muerte de casi todos los combatientes: franceses y españoles.

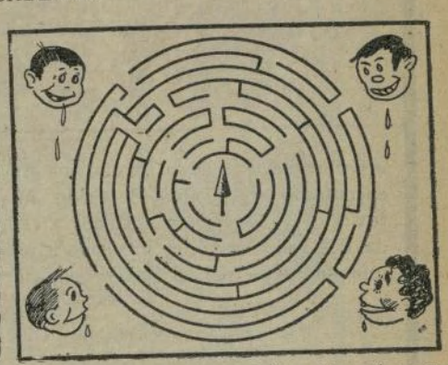
Y mientras, con cincuenta piezas de artillería y un fuego horroroso «que parecía brotar llamas las aguas del Ebro», el enemigo

(Continuará.)

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos, del 1 al 34, y tendréis completo el dibujo.



2.º ¿Cuál de estos chicos llegará a coger el «pirulí» que hay en el centro del dibujo?

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva.
Con censura eclesiástica.
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.
Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos. — Pagos adelantados.
Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda. Madrid.
Teléfono 18.491.

Ayuntamiento de Madrid

La llegada de los zulús

Guillermito Tower, hijo de un granjero de Africa del Sur, estaba tumbado y escondido detrás de una peña vigilando ansiosamente las colinas. De pronto contuvo su respiración al ver un buen número de zulús que llegaban armados de lanzas y rodelas. «Nuestro criado indígena tenía razón—murmuró él—. Los zulús avanzan para atacar el campo británico por el otro lado del río. ¡Yo debo dar cuanto antes la voz de alarma!» En este mismo momento Guillermín vió un caballo desmontado que vagaba por allí. Cuando él salió de su escondite, los zulús le vieron, y con horribles gritos se lanzaron furiosos para capturarle y hacerle prisionero. Guillermín asió apresuradamente las riendas del caballo y de un salto montó sobre él. Dando una vuelta al caballo, el asustado muchacho lo puso a un rápido galope y se dirigió

al río, mientras los zulús, sabedores que su intento de atacar a las tropas por sorpresa les fallaría si él escapaba, redoblaron su esfuerzo con el fin de cogerle. Ya había llegado Guillermín al vado, cuando oyó un grito de socorro. Mirando hacia atrás vió a un soldado británico. Era el explorador, que se había caído del caballo y estaba herido, lo cual no le permitía andar más que arrastrándose. Guillermín, sin titubear, dió vuelta y galopó hacia el soldado, mientras que, por la dirección contraria, avanzaban los zulús, gritando y blandiendo las lanzas con gran excitación. La angustia del muchacho era grande, pues se creía prisionero. Saltando a tierra, Guillermín cogió al herido y le ayudó a montar, mientras el soldado le decía que un león había sido la causa de que el caballo se espantara y le derribara.

«¡Gran suerte la mía el que me hayas encontrado!», exclamó el herido. Mientras, los zulús habían cortado la retirada del vado; pero el intrépido Guillermín se metió por el grueso del río, y mientras a nado guiaba al caballo, los zulús aullaban y arrojaban lanzas. Pero su situación apurada fué vista por los soldados, los cuales corrieron hacia el río y contuvieron con sus descargas a los zulús, mientras Guillermín ganaba la costa y ponía en salvo al herido. La Comandancia militar quedó muy reconocida al muchacho por su proeza.

FIN

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)

Terminados los preparativos, ató por «cola» a la cometa el cestillo de la merienda, poniéndose él dentro. «Ahora —dijo a dos de sus ministros—sujetad la cometa derecha, cara al aire, y cuando yo dé la orden de marchen y los de la cuerdan salgan corriendo, la soltáis. ¿Lo habéis entendido?» «Sí», contestaron los negritos.

(*Continuará.*)

Ayuntamiento de Madrid